

Homilía de Mons. Rafael Zornoza en la Misa de acción de gracias a la Virgen de la Palma de Cádiz en la Solemnidad de Todos los santos y renovación del voto.

En la Parroquia Nuestra Señora de la Palma de Cádiz, a 1 de noviembre de 2022.

/Ap 7, 2-4. 9-14; Sal 23, 1b-2.3-4ab.5-6; 1 Jn 3, 1-3; Mt 5, 1-12a/

Hermanos:

Damos gracias a Dios ante Nuestra Señora, la Virgen de la Palma, en este día aniversario de su intervención milagrosa que libró a los gaditanos de la muerte y desolación por el maremoto de 1755 a consecuencia del terremoto de Lisboa. Hoy es un día para volver a mirar a la Virgen de la Viña y renovar nuestro voto con agradecimiento, como hacemos cada año desde entonces. Hoy reconocemos que María se muestra como madre compasiva que escucha el clamor de sus hijos, que nos ama y la amamos. Ella es nuestro refugio. María es la poderosa intercesora que siempre está a nuestro lado e intercede por nosotros cuando acudimos con confianza. Pero la que nos libra de nuestros males temporales es también María, la Santa entre los santos, que intercede por nosotros para que Cristo nos libre del mal y nos conduzca a la santidad de Dios, y a la gloria eterna de los santos. Sus favores en la tierra nos aseguran que está con nosotros en el camino para el cielo.

La Solemnidad de Todos los Santos que celebramos hoy nos llena de profunda alegría. Es el gozo del triunfo de Cristo, por el que sabemos que, los que siguieron aquí al Señor con fidelidad, gozan de su gloria en el cielo. Los santos, canonizados o no, han triunfado por la fuerza del Resucitado. Recordamos a quienes, superando la debilidad y las tentaciones, fueron dóciles a la acción del Espíritu Santo y ahora comparten la gloria de Cristo, a todos aquellos hijos de Dios que vivieron la fe, la esperanza y la caridad siguiendo el ejemplo de Jesús, y que practicaron en modo eminente las Bienaventuranzas descritas en el Sermón de la Montaña (Cf. Mt 5, 1-12).

«La santidad es el rostro más bello de la Iglesia» (Francisco, *Gaudete et exsultate*). Hay que considerar la santidad de la Iglesia, su belleza, el esplendor de la verdad que enseña, su fecundidad, para vivir amándola. Ella sigue derramando torrentes de gracia que brotan del Corazón abierto del Salvador y llevan al pueblo cristiano a la santidad. El concilio Vaticano II, en la constitución sobre la Iglesia, habla con claridad de la llamada universal a la santidad. Nadie está excluido de ella: El Papa Francisco nos recuerda que esta llamada va dirigida a cada uno de nosotros. El Señor se dirige también a ti: «Sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11,45; cf. 1P 1,16)». Los santos manifiestan la presencia poderosa y transformadora del Resucitado. Han dejado que Cristo se aferrara tan plenamente a sus vida que podían afirmar como san Pablo: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20). Seguir su ejemplo, recurrir a su intercesión, entrar en comunión

con ellos, «nos une a Cristo, del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del pueblo de Dios» (*Lumen Gentium*, 50).

La Palabra de Dios nos recuerda que tal santidad es, por encima de todo, obra de Dios en nosotros (Cf. 1 Jn 3,1-3) porque es Dios, el tres veces santo (Cf. *Is* 6, 3), quien nos hace santos. Es, sobre todo, un don. Sin embargo, es tan personal e intransferible, que nos exige entrar en una relación personal con el Señor hasta configurarnos con Él. La santidad, la plenitud de la vida cristiana, no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos para, con la fuerza del Espíritu Santo, modelar toda nuestra vida según la suya. Es una relación exigente y consecuente por la que hemos de ser semejantes a Jesús. Es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma. Para ello hemos de fijarnos siempre en el Señor para parecernos a Él en todo: en su entrega y fidelidad a la voluntad del Padre, en su compasión y caridad, en su misericordia y coherencia para vivir según la Verdad. Podemos vivir ya desde ahora en la vida eterna si amamos al Señor y nos comprometemos con Él para vivir el Evangelio con determinación para así transformar este mundo con su fuerza.

San Bernardo, al percibir su pobreza personal y debilidad, decía querer apropiarse de la vida del Señor, de “usurpar” su misericordia en su provecho. En efecto, usurpemos también nosotros su ejemplo a través de la fe para no ser meros espectadores de su vida. Pasemos de la apropiación del amor de Cristo y de su virtud a la imitación.

La verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad está en el encuentro con el Resucitado cada domingo, en el contacto con Dios al inicio y al final de la jornada, en aprovechar en la vida todas las formas posibles de caridad que encontremos a cada paso. «Por eso, el amor a Dios y al prójimo es el sello del verdadero discípulo de Cristo» (*Lumen Gentium*, 42). Así se alimenta el ser santos, la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana. Examinemos, pues, nuestra relación con el Señor, nuestra oración, nuestro servicio, nuestra caridad. No dejemos pasar un domingo sin un encuentro con Cristo resucitado en la Eucaristía, ni dejemos de dar testimonio, a pesar de la posible persecución.

Los santos son un bien para la sociedad porque, siguiendo las huellas de Cristo, y obedeciendo en todo a la voluntad de Dios, se entregan a dar gloria a Dios y a servir el prójimo (cf. LG,40).

Pidamos al Señor pureza de corazón para ver la santidad como nuestra mejor aspiración, el objetivo de nuestra vida, lo decisivo para participar de la alegría del Resucitado. Que encontremos el Amor de Dios que nos impulsa a crecer en santidad todos los días viendo la vida con los ojos de Dios, que nos hace exclamar: “te doy gracias, Padre, Señor del Cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños” (Mt 11,25).

Que la Ntra. Sra. de la Palma nos libre de los males que nos afligen, pero, sobre todo, del maremoto del pecado y de la increencia, para llevarnos a la santidad propia de los amigos y discípulos del Señor que viven aquí según las bienaventuranzas, teniendo los sentimientos de Cristo, y podamos así gozar de la alegría de los santos por toda la eternidad. AMEN.